



Conferencias Fundación Familia Unida

Resumen de Abril 2008

Matrimonio: ¡LA RECONQUISTA ES POSIBLE!

Arturo Roizblatt, psiquiatra

Como primera cosa quisiera decir que el título de esta presentación me parece inapropiado. Hasta algo cursi. Si anticipamos una conclusión, nos vemos forzados a decir que la reconquista no es una tarea imposible. Analizar esta cuestión nos obliga a mirar las cosas con cierta visión, con alguna perspectiva. Es una exageración hablar de una tragedia. "Tragedia" es la experiencia que viven tantos pueblos en el mundo, como Irak, Darfur y tantas otras catástrofes de la vida real que desgraciadamente no forman parte de nuestras preocupaciones y conversaciones cotidianas. Nuestros problemas familiares nos asfixian al punto de ignorar estas dramáticas realidades que toleramos sin escándalo. Más que un número, los 2,5 millones de refugiados por las guerras religiosas de Darfur son un llamado a nuestra conciencia, tantas veces distraída por nimiedades, insignificancias o problemas que nos abruma y paralizan, pero que enfrentados sensatamente tienen solución.

Este preámbulo nos parece necesario para volver a formular la pregunta que nos convoca hoy: ¿es posible la reconquista en el matrimonio? Pero antes de hablar de "reconquista" quizá tendría sentido preguntarnos otra cosa: ¿hubo realmente "conquista" la primera vez que nos sentimos atraídos uno por el otro? Cuántas veces he tenido ocasión de escuchar a las parejas en mi consulta narrando historias tan diferentes - hasta contrapuestas... - acerca de las circunstancias en que se conocieron e iniciaron

su relación. Y tantas veces pasa que el proceso de atracción mutua fue tan plano y poco accidentado que la sola mención de la "conquista" es una proeza o bien una exageración.

Como primera cosa quisiéramos establecer lo siguiente: **cuando un matrimonio fracasa o experimenta turbulencias lo habitual es escuchar que las responsabilidades son compartidas, que ambos tienen igual porcentaje de culpa. Y no siempre es así. Por desgracia siempre hay uno que tiene una mayor cuota de responsabilidad que el otro. Nunca las cosas tienen explicaciones tan simples. Hoy día es corriente mirar el matrimonio como un producto más de consumo, como un bien llamado a darnos satisfacción inmediata.** De este modo, la frustración no tarda en aparecer. Cuántas veces no encontramos una explicación simplona como "*Elegí mal*", como si el otro fuera un producto desechable, de fácil reemplazo. Es como los computadores que pueden ser "actualizados" para no rechazarlos a la primera falla de funcionamiento. En este tipo de uniones escucharemos con frecuencia que una explicación recurrente es "*el otro/a no me entretiene, me aburre, no me hace feliz...*". Si el matrimonio se reduce a un producto, "operarnos" del otro es siempre una opción posible.

A veces conviene formularse una pregunta vital: **¿tenemos realmente la intención de**



hacer o vivir un matrimonio? En nuestro medio es frecuente escuchar la noción de "estar pololeando" y resulta extraño que no exista un conjunto de palabras para describir el mismo proceso una vez celebrado el matrimonio. "Estar matrimoniando" no existe en nuestra conversación diaria. De partida, la preparación para el matrimonio no consiste en planificar la fiesta u organizar la ceremonia. **Esos instantes, sin duda muy significativos, son el principio de una relación que tiene vocación de estabilidad y permanencia en el futuro. Son los preámbulos, las preguntas anteriores a la que realmente importa: ¿Qué nos vamos a prometer, a qué nos comprometeremos? Fuimos creados para aceptar y asumir un compromiso sólido.**

Por otra parte, **¿Estamos dispuestos a asumir rituales que nos conecten a la intimidad? Habrá intimidad cuando el otro nos deja ver y vivir su vida personal. Cuando comparte con nosotros. No sólo es pasar el tiempo juntos.** No basta con que seamos asiduos visitantes de restaurantes si el tiempo no lo usamos para hablar de lo nuestro, de los asuntos que sólo nos atañen a nosotros. No siempre los niños y el trabajo deben ser los temas de nuestra conversación. Debe haber tiempo para nosotros. **De eso hablamos cuando me refiero al "ritual", al tiempo para nuestros asuntos y nuestra relación.**

Un tercer punto que nos interesa dejar establecido es el siguiente: **podemos conformar una red (o bien formamos parte de una, aunque no nos los propongamos de ese modo).** **Pertenece a una red constituida por nuestra familia de origen. El trabajo nos proporciona redes. Así como los amigos, el club al que pertenecemos, y todas las agrupaciones de las cuales formamos parte o simplemente nos son cercanas. Esas redes y su funcionamiento eficaz dependen de nuestra voluntad. Algo**

como eso – pero con mucha mayor intensidad – pasa en la vida matrimonial. Mi vida de pareja y mi afinidad con el otro depende en una gran medida de mi voluntad. Y de la voluntad del otro.

Sucede muy a menudo que ponemos toda la expectativa de buen funcionamiento de nuestro matrimonio principalmente en la voluntad del otro, como si la nuestra tuviera menos importancia en este proceso. Entonces, cabe que nos preguntemos, aunque a esta altura suene a majadería: **¿Estamos realmente dispuestos a aceptar y asumir un compromiso incondicional?. La triste verdad es que no siempre estamos dispuestos. Somos muy dados a imponer condiciones, a ver obstáculos difíciles de superar y a colocar trabas en nuestra relación diaria.**

Ni que decir cuando estas dificultades son realmente severas (como la violencia intrafamiliar, la drogadicción, el alcoholismo...). Si además tenemos presente, como ya dijimos, que no se pololea en el matrimonio, todo se ve más arduo. La imagen idealizada y casi bucólica de los tiempos del pololeo y su fuerte contraste con la realidad chata y asfixiante de nuestra vida actual merece ser revisada si la analizamos con justicia.

Es comprensible y razonable que el amor se transforme a lo largo del matrimonio. De hecho nosotros cambiamos en muchos planos a lo largo del matrimonio, y es obvio que nuestro sentimiento por el otro no sea idéntico al de nuestras épocas de pololeo post adolescente. Las fantasías de un amor joven – y consecuentemente, las expectativas fijadas en éste – definitivamente no se ven bien en un matrimonio maduro.

Son muchas las palabras que corrientemente asociamos al amor. "Sentimiento", "emoción que se vive al apreciar las virtudes del otro" son descripciones más o menos cercanas. Es un hecho que, con frecuencia, el paso del tiempo nos lleva a postergar o casi olvidar los méritos y atributos del otro, y que se nos



aparecen con más frecuencia y fastidio sus defectos. **Sería bueno que nunca olvidáramos que diariamente elegimos el matrimonio que queremos vivir. Es cierto que de nosotros y de nadie más depende que nuestro matrimonio sea amoroso y centrado en los aspectos positivos de cada uno. ¿Seremos capaces de escribir en un papel, por el resto de los días de nuestra vida, a lo menos una virtud o bondad del otro?**

¿Por qué somos más llanos a aceptar incondicionalmente a nuestros hijos, con sus virtudes y sus defectos (aunque es un hecho que una guagua no tiene ninguna posibilidad de retribuir ese cariño ilimitado), y nuestra tolerancia no sea igual para con quien elegimos casarnos y pasar el resto de nuestra vida? **¿Se nos olvida que nadie nos obligó a escoger a la persona con quien nos casamos? ¿Hay alguna buena razón para justificar esta inconsistencia? ¿Cómo explicamos nuestro ánimo para contar un cuento o pasar tiempo entreteniéndolo a nuestros hijos, y que semejante disposición no aparezca frecuentemente cuando dejamos de destinar tiempo a ocuparnos por el otro?** ¿Qué fue del tiempo en que la polola, por amor, acompañaba a su pololo a un partido de fútbol que sólo le interesaba a él? ¿O él la sacaba a bailar a ella un sábado en la noche, panorama que con el paso de los años pasa a ser poco menos que insoportable?

La pregunta central que sigue a todas estas interrogantes es la siguiente: ¿Le damos a quien amamos?, ¿Amamos a quien le damos?

Dar puede llevar a amar. Sólo amando podemos llegar a dar. Suena a una receta simple, pero esta formulación requiere que tengamos muy clara nuestra propia historia y personalidad. Vemos nuestro pasado, evocamos cómo se amaron – o dejaron morir su amor – nuestros padres, y tratamos de

imitar o, por el contrario, evitar el ejemplo que tuvimos.

Sería bueno también que evitemos la pregunta que hoy es tan frecuente. ¿Por qué el otro no nos da pese a lo tremendamente generosos que hemos sido por nuestra parte? **El dar en el matrimonio es gratuito y no siempre espera reciprocidad o una respuesta equivalente. No damos para recibir.**

¿Cómo proteger nuestro matrimonio?

Dándole tiempo. Buscando conciliar siempre con justicia el tiempo del trabajo, la familia y la pareja. ¿De verdad necesitamos tantas horas en la oficina? ¿No es el trabajo el pretexto para no estar en nuestra casa?

Reconociendo espacio para nuestro tiempo. Nuestra familia de origen, padres y suegros, forman parte de nuestra vida pero no sustituyen ni reemplazan nuestra vida matrimonial. **No son más importantes que nuestras necesidades de pareja.**

Poniendo cuidado en la relación con las personas que nos rodean. Frecuentemente en el trabajo o en la vida social encontraremos a otros que nos parecen siempre más interesantes o mejor dispuestos que la mujer o el marido. **Idealizar al extraño y contrastarlo con nuestra pareja es tan frecuente como equivocado.**

Escogiendo con tino nuestras actividades fuera de casa. El after hour o happy hour pueden servir como dinámica para el trabajo pero quitan tiempo para la vida de pareja.

Cuidando que las cosas materiales no se transformen en un obstáculo para la vida matrimonial. Por siglos la humanidad funcionó correctamente sin teléfonos celulares, ipods e interconexión total e inmediata.

La pregunta que haremos a lo largo de esta conferencia será permanentemente la misma:



¿Estamos realmente dispuestos a comprometernos con el otro en todos los planos de nuestra vida?

¿Es cierto para nosotros que el matrimonio es la base fundamental de nuestra familia y nuestra vida?

¿Somos realmente capaces de sobrepasar el ámbito de las proclamaciones de palabra y vivir nuestro compromiso en los hechos?

Dos son las respuestas que con más odiosidad se presentan negativamente a este respecto: 1) *es lo que hay*, o sea, la resignación completa que justifica todo fastidio; 2) *tómate la pastilla*, hazte cargo del problema porque a mí no me corresponde, no tengo nada que ver con tus frustraciones. Ambas afirmaciones soslayan un punto importante: **qué hice yo para que el otro haya llegado a ese punto de fastidio.**

No es cierto, aunque se nos quiera hacer creer que así es, que el matrimonio sea una institución en crisis terminal. No es cierto que todo el mundo se esté separando. Suena seductor y hasta posa de audaz el que proclama a todos los vientos que quiere ser libre y que la felicidad es el fin exclusivo de su vida. **Hay mucho de egoísmo en esas posturas.**

Volvamos la vista atrás y recordemos las palabras que dijo Dios a Adán cuando éste le desobedeció: *¿dónde estás, qué has hecho?* **Dónde estoy y qué hago aquí son preguntas que nos servirán para resolver el enigma que nos trajo esta noche a este auditorio.**